

EN LA MUERTE DE

JOSE LUIS HERRERO

SU CONTRIBUCION AL CONOCIMIENTO DE LA ECONOMIA ESPAÑOLA



Al filo de los treinta años, repleto de vida y de capacidad de trabajo, ha muerto José Luis Herrero, uno de los hombres que más han contribuido en el curso de los últimos años a dotar de cierto nivel de competencia técnica y dignidad al periodismo español sobre temas económicos.

No es este el momento ni el lugar adecuado para ofrecer una relación exhaustiva de los muchos trabajos publicados por José Luis Herrero en diversas revistas especializadas y de información general. Gran parte de ellos, con toda seguridad, forman hoy parte de las más rigurosas selecciones de información en manos de estudiosos de la economía española; estando también una buena porción de los mismos aún en la memoria de todos. Sólo nos proponemos, al apuntar la entidad y la amplitud de su labor —recordando únicamente algunos de sus trabajos más destacados—, tributar desde estas páginas un homenaje, modesto pero muy sincero, de afecto y admiración hacia tan entrañable compañero.

Ya en 1966 y 1967, desde las columnas de la revista «SP», pone de manifiesto su rigor en la selección y el tratamiento de temas relacionados con la economía española, no eludiendo, en la mayor parte de las ocasiones, problemas y aspectos especialmente difíciles y comprometidos. Durante 1968 y 1969 colabora más asiduamente en revistas especializadas: «TRIA», «El Europeo», «Panorama Económico» y «Actualidad Económica», publicando una buena parte de sus trabajos firmados. Poniendo de manifiesto en casi todas las ocasiones su extraordinaria capacidad de estudio y documentación, aborda en ellos, fundamentalmente, el análisis de problemas agrícolas rurales, problemas de la organización industrial española, problemas del comercio exterior español, problemas, en fin, relacionados con la financiación del desarrollo económico español, ámbito este en el que dedica una atención muy especial a la importancia cuantitativa y cualitativa de la entrada de capital extranjero durante la última década.

A partir de 1970 es en «Actualidad Económica», de cuya Redacción pasa a formar parte, donde aparecen la mayoría de sus estudios y reportajes; ejemplo, no es inoportuno repetirlo, de oportunidad, competencia y honestidad periodísticas. Especialmente conocidas son, como exponente de su labor durante los tres últimos años, las series de artículos sobre ámbitos y problemas españoles especialmente comprometidos. En ellos, José Luis Herrero se enfrenta con la realidad

de la economía catalana, con la entidad y trascendencia de algunas de las manifestaciones más importantes de la conflictividad laboral, con el trasfondo del «affaire» de la Barcelona Traction, con las dificultades de la investigación sobre la financiación de la guerra civil (uno de sus últimos trabajos, en la primavera de este mismo año), y del depósito de las reservas en oro del Banco de España en Moscú, con las tensiones subyacentes a la elaboración del Proyecto de Régimen Económico-Fiscal del Archipiélago Canario (ya en septiembre de 1970), con la agudización de los problemas derivados de una planificación industrial y urbana aberrantes: «Industrialización de Madrid: hacia el infarto de miocardio» (abril de 1970), etcétera, etcétera.

Mención aparte merecen, finalmente, sus aportaciones, con un alto grado de originalidad y con voluntad de desarrollo monográfico, al conocimiento, en primer lugar, del Ejército español, cuyo análisis económico había emprendido José Luis Herrero a raíz de la finalización de sus estudios en la Escuela Oficial de Periodismo, y que ha continuado prácticamente hasta el final, y, en segundo lugar, el conocimiento de las peculiaridades y vicisitudes de la actual construcción del socialismo en Chile, país sobre el que, después de un prolongado viaje hace unos pocos meses, pensaba elaborar también un vasto y documentado informe del que también había adelantado ya algunas partes en la revista citada.

Pero, tanto en estos últimos como en todos sus demás trabajos, José Luis Herrero ha dejado bien patente la marca de su estilo, conciso, directo, sin adornos inútiles ni rodeos estériles, pero a la vez sin esquematismos y coartadas vulgares. Y en ellos también —al igual que en las Redacciones y los equipos de trabajo de los que ha participado, entre los que no hay que olvidar los de las revistas «Don Quijote» y «Novedades» — ha dejado constancia de su talento de luchador, de la fuerza de sus convicciones —a partir de planteamientos y supuestos no precisamente «idealistas» desde un punto de vista filosófico—, de la coherencia de su comportamiento en la praxis cotidiana, de su decidida voluntad de contribuir a la construcción, alterando radicalmente sus actuales supuestos, de una sociedad más justa y democrática; consciente —y así lo ha dejado escrito— de que «el crecimiento económico no trae por sí solo una sociedad democrática. La Historia —nuestra Historia más reciente— es una prueba clara en ese sentido».

■ ARTURO LOPEZ MUÑOZ.

La Capilla siXtina

LO IMPORTANTE ERA PARTICIPAR

Me sorprenden los hechos de Munich cuando ya me las prometía muy felices viendo por televisión la participación de Haro y Alvarez Salgado en los cinco mil metros.

Pero no es posible. En Munich ha pasado algo grave. Y desde este momento vivo colgado del televisor y del periódico. En el televisor de la noche me sorprende que ya a las doce, el señor Ciudad esté a punto de decir la verdad sobre lo que ha pasado en el siniestro aeropuerto militar. Pero el señor Ciudad, de pronto, se interrumpe: Se contradice. Tartamudea y vuelve a dar la versión de que los rehenes se han salvado y los guerrilleros han muerto o están detenidos.

Me paso la noche colgado de la radio. Y no entiendo nada. No entiendo cómo es posible la locura desencadenada en el aeropuerto. Cómo es posible una ingenuidad semejante estando por medio la vida de los rehenes. Pero mi perplejidad iría en aumento al día siguiente y alcanzaría cimas de locura personal e intransferible, cuando presencié la actuación de Juan Antonio Samaranch ante las cámaras de Televisión Española. El señor Samaranch demostró unas estimables dotes de reportero televisivo. Brindó un relato plástico y conciso de los hechos. Y entre su espléndido ejercicio periodístico, algo dijo que se me quedó en la zona preconscious y tardó en subir la escalera de mis nervios para meterse en la zona más triste de mi cerebro, allí donde conservo la capacidad de asumir lo que es evidente.

El señor Samaranch contaba las vicisitudes del Comité Olímpico y las informaciones que iba recibiendo del delegado alemán. En un momento determinado, el delegado alemán penetró triunfalmente en la estancia donde se hallaba reunido el Comité, alzó los brazos hasta configurar la cruz de la victoria y exclamó: «¡Hemos vencido! Los rehenes están a salvo y los guerrilleros, o están muertos o han sido detenidos». Samaranch dijo a continuación: «Una ovación unánime subrayó estas palabras».

Es decir, el Comité Olímpico ovacionaba la victoria particular del delegado alemán. Ovacionaba la muerte de los guerrilleros. Abandonaba la neutralidad olímpica y decidía que lo importante no es participar, ni siquiera en el espectáculo de la desesperación del pueblo palestino. Lo importante es vencer, aunque sea a costa de la muerte de un pueblo desesperado. Porque los guerri-

lleros palestinos se habían convertido en el aguafiestas irritante, en el convidado que entorpece la armonía de los músicos y los camareros, que mete las manos en los escotes y en las bandejas. Los guerrilleros palestinos se habían atrevido a penetrar en el templo donde se escenificaba la farsa de la concordia de las políticas y las razas, y habían testimoniado con su brutalidad la existencia de la brutalidad histórica más allá de la tierra de nadie olímpica.

¿Tierra de nadie? ¿Seguro?

No. La Olimpiada transcurría en la tierra de la nación más rica de Europa, más racionalista, más sensata en sus épocas de reconstrucción. También la más alucinada, irracional y salvaje, cuando se entrega al deporte bélico de las guerras de redivisión. Los Juegos Olímpicos eran algo así como la consagración de una nueva Alemania, eficaz y neocapitalista, casi a cuarenta años de distancia de aquellos otros Juegos de Berlín, que significaron la culminación de la etapa ascendente de la Alemania revanchista de Adolfo Hitler.

Y los desharrapados de la Historia, los que no tienen ni una tierra que defender, porque se la han quitado entre Israel y las grandes potencias y porque el derecho de defenderla se lo ha arrebatado el Rey Hussein, se habían atrevido a estropear la fiesta, a relativizar la broma del espíritu olímpico y la realidad del nuevo esplendor alemán.

Una reflexión semejante debió pasar por el cerebro del ministro del Interior bávaro, que dio la orden de disparar contra estos desesperados que no tenían ni un palmo de tierra que perder. Una orden loca, soberbia, que ha derribado los muros de los frenopáticos por si no estaban todavía derribados. Y el Comité Olímpico ovaciona un desgraciado final que además no era el auténtico. Porque horas después sabía que no sólo habían muerto los desharrapados de Septiembre Negro, sino también los rehenes, que tampoco habían merecido la piedad o la cordura del señor ministro del Interior o del propio Willy Brandt.

Comprometido con el final sangriento, enseñando el juego de su sentido de la victoria, el Comité Olímpico Internacional ha hecho más por el descrédito del olimpismo que los locos guerrilleros que querían trasladar a la Europa alegre y confiada el espectáculo desagradable de su marginación.

SIXTO CAMARA